

28 de agosto de 1989

Amo mi exilio<sup>1223</sup>

Hace ya bastantes años que escribí en *La tumba de Antígona* que «la patria es el mar que recoge el río de la muchedumbre»<sup>1224</sup>. Esa muchedumbre en la que uno va sin marcharse, sin perderse, el Pueblo, andando al mismo paso con los vivos, con los muertos. Y al salirse de ese mar, de ese río, sólo entre cielo y tierra, hay que recogerse a sí mismo y cargar con el propio peso; hay que juntar toda la vida pasada que se vuelve presente y sostenerla en vilo para que no se arrastre. No hay que arrastrar el pasado, ni el ahora; el día que acaba de pasar hay que llevarlo hacia arriba, juntarlo con todos los demás, sostenerlo. Hay que subir siempre. Eso es el destierro, una cuesta, aunque sea en el desierto. Esa cuesta que sube siempre y, por ancho que sea el espacio a la vista, es siempre estrecha. Y hay que mirar, claro, a todas partes, atender a todo como un centinela en el último confín de la tierra conocida. Pero hay que tener el corazón en lo alto, hay que izarlo para que no se hunda, para que no se nos vaya. Y para no ir uno, uno mismo, haciéndose pedazos. No hay que arrastrar el pasado, ni tampoco olvidarlo. Nos falta a los españoles –por muchas apelaciones que los retóricos hagan al pasado y por mucho ahincamiento tradicionalista a los que así se llaman– la imagen clara de nuestro ayer, aún el más inmediato. Existe una cierta rebeldía para reconocer en esta nuestra forma de vivir de hoy que hace que no se haya hecho sentir con más fuerza y claridad la necesidad y el deseo de recordar, de hacer memoria y, con ella, cuentas de nuestro pasado. No es extraño: todo nuestro pasado se liquida con la actitud trágica de España. Es siempre, y para todo pueblo, imprescindible una imagen del pasado inmediato, como examen de los propios errores y espejismos. El presente es siempre fragmento, torso

incompleto. El pasado inmediato completa esa imagen mutilada, la dibuja más entera e inteligible.

Hay ciertos viajes de los que sólo a la vuelta se comienza a saber. Para mí, desde esa mirada del regreso, el exilio que me ha tocado vivir es esencial. Yo no concibo mi vida sin el exilio que he vivido. El exilio ha sido como mi patria, o como una dimensión de una patria desconocida, pero que, una vez que se conoce, es irrenunciable. Confieso —porque hablar de ciertos temas no tiene sentido si no se dice la verdad—, confieso que me ha costado mucho trabajo renunciar a mis cuarenta años de exilio, mucho trabajo, tanto que, sin ofender, al contrario, reconociendo la generosidad con que Madrid y toda España me han arropado, con el cariño que he encontrado en tanta gente, de vez en cuando no duele, no, no es que me duela, es una sensación como de quien ha sido despellejado, como San Bartolomé, una sensación ininteligible, pero que es.

Creo que el exilio es una dimensión esencial de la vida humana, pero al decirlo me quemó los labios, porque yo quería que no volviese a haber exiliados, sino que todos fueran seres humanos y a la par cósmicos, que no se conociera el exilio. Es una contradicción, qué le voy a hacer; amo mi exilio, será porque no lo busqué, porque no fui persiguiéndolo. No, lo acepté; y cuando se acepta algo de corazón, porque sí, cuesta mucho trabajo renunciar a ello<sup>1225</sup>.

Yo he renunciado a mi exilio y estoy feliz, y estoy contenta; pero eso no me hace olvidarlo, sería como negar una parte de nuestra historia y de mi historia. Los cuarenta años de exilio no me los puede devolver nadie, lo cual hace más hermosa la ausencia de rencor. Mi exilio está plenamente aceptado, pero yo, al mismo tiempo, no le pido ni deseo a ningún joven que lo entienda, porque para entenderlo tendría que padecerlo, y yo no puedo desear a nadie que sea crucificado.

En mi exilio, como en todos los exilios de verdad, hay algo sacro, algo inefable, el tiempo y las circunstancias en que me ha tocado vivir y a lo que no puedo renunciar. Salimos del presente para caer en el futuro desconocido, pero, sin olvidar el pasado, nuestra alma está cruzada por sedimentos de siglos, son más grandes las raíces que las ramas que ven la luz. Es en la obra del

amanecer, trágica y de aurora, en que las sombras de la noche comienzan a mostrar su sentido y las figuras inciertas comienzan a desvelarse ante la luz, la hora de la luz en que se congregan pasado y porvenir.

Madrid, 27 de diciembre de 1989

Introducción al homenaje a María Zambrano. Universidad de Alcalá de Henares<sup>1226</sup>

Habiendo vertido gran parte de mi pensamiento y palabra en aulas universitarias fuera de España, me conmueve ahora publicar estas líneas en *Parole. Revista de Creación Literaria y de Filología de la Universidad de Alcalá de Henares*, un lugar privilegiado por su trascendencia.

En el momento en que se me hacía difícil toda actividad intelectual, el recinto universitario era el único que se me ofrecía, el único refugio que se ofrecía a mi pensamiento. Sin la universidad, sin su entusiasmo, algo esencial me hubiera faltado en aquella mi juventud en el exilio.

Mas ahora no se trata de dar una lección de filosofía, que otras personas válidas lo están haciendo, sino de comparecer aquí con mi palabra de agradecimiento ante los pensadores conferenciantes que han ahondado en lo por mí realizado —y que he llegado a realizar principalmente en virtud de la universidad, como ya he dicho—, enriqueciendo con su autoridad, profundidad y colaboración no sólo mi saber sino también otros saberes. A todos ellos, a los organizadores y a esta Universidad de Alcalá de Henares, quiero agradecerles de todo corazón su apertura hasta el punto de suscitar como objeto de homenaje a mi pensamiento, a ese pensamiento que me fue tan dolorosamente concedido fuera de España. Yo quería ser en este homenaje como uno más, ser yo uno de esos jóvenes, que en el fondo nunca he dejado de ser, pues siempre me he sentido así: una estudiante de filosofía.

M-446: I y 2 a<sup>1227</sup>